

SAN CARLOS



JULIO VERNE

*"Con Verne descubrimos
que lo que en la vida es despilfarro
y caos, en el arte es orden
y discriminación"*

M. Rodríguez Rivero (EL PAÍS)



San Carlos es el jefe de una banda de bandidos. Él y su tropa se preparan para pasar desapercibidos por la frontera un cargamento de cigarros. François Dubois, oficial español de aduanas, se mezcla con sus hombres y logra luego separarse para capturar a San Carlos. Sin embargo, en el momento crucial, una sorpresa le espera a François. Un texto digno del mejor de los cuentos incluidos en la serie de los «Viajes Extraordinarios».



Jules Verne

San Carlos (Edición SHJV)

**Obras completas de Julio Verne (SHJV) - Cuentos
vernianos - 21**

ePub r1.3

Titivillus 09-09-2020

Título original: *San Carlos*
Jules Verne, 1991
Traducción: Ariel Pérez Rodríguez
Prólogo: Ariel Pérez Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Aa





Asociación literaria y cultural sin ánimo de lucro creada en el 2012 en Palma de Mallorca, España.

En colaboración con:

**Sociedad Hispánica Jules
Verne**

Las aventuras de un capitán español

Prólogo a la traducción española de «San Carlos»

Con «San Carlos» estamos en presencia de un relato singular. En primer lugar, por el hecho de que Verne le dé protagonismo en una de sus historias a un hombre de nacionalidad española. Mucho se ha dicho y comentado sobre la nacionalidad que Verne solía dar a sus héroes, y estos comentarios son tan variados que algunos lo acusan de racista y otros de chovinista. Lo cierto es que si bien Verne disfrutaba y prefería darle nacionalidad inglesa, escocesa o francesa a sus personajes principales, son contadas las historias donde inserta algún personaje de nacionalidad española. Las escasas alusiones o presentaciones de la península ibérica y de sus habitantes en su obra se remontan a los andaluces de *Héctor Servadac*, la escala que los personajes principales de la novela hacen en las Baleares en *Clovis Dardentor*, los españoles de «Un drama en México», el traidor Carpena de *Matías Sandorf* y el personaje principal del cuento «Gil Braltar».

En el capítulo XII de su novela *De la Tierra a la Luna*, en el que se habla de las donaciones monetarias hechas por varios países con el propósito de apoyar la arriesgada empresa del *Gun Club*, Verne escribe: «Respecto a España, no pudo reunir más que ciento diez reales. Dio por excusa de su mezquindad que tenía que concluir sus caminos de hierro. La verdad es que la ciencia en aquel país no está muy considerada. España se encuentra aún algo atrasada. Y, además, ciertos españoles, y no de los menos instruidos, no sabían darse cuenta exacta del peso del proyectil, comparado con el de la

Luna, y temían que la sacase de su órbita; que la turbase en sus funciones de satélite y provocase su caída sobre la superficie del globo terráqueo. Por lo que pudiera suceder, lo mejor era abstenerse. Así se hizo, salvo unos cuantos realejos».

Evidentemente Verne no se complacía tanto en hablar de personajes españoles como sí de hombres de otras nacionalidades. Sin embargo, en «San Carlos», Verne sitúa a un español como personaje principal de una historia que tiene un argumento muy sencillo: una banda de contrabandistas liderada por un hombre inteligente se gana el sustento a través del comercio ilegal. La banda de este hombre, que no es otro que el capitán San Carlos, es perseguida por un grupo de aduaneros franceses que tratan de darle alcance para de esa manera capturar al fraudulento capitán y frustrar sus negocios.

La parte llamativa e interesante de la historia radica en el modo en que estos contrabandistas logran deshacerse de sus perseguidores, en una escena que transcurre ya al final de la historia. Debido a un ingenioso método que no descubriré, Verne nos describe la huida de la banda y da muestras, desde entonces, de su gran inventiva para resolver situaciones de peligro, como luego nos mostraría en toda la serie de *Viajes extraordinarios*, donde la tecnología y la invención del hombre siempre vendrían en su auxilio en los momentos más críticos.

Solo resta comentar que los bibliógrafos de Verne ubican la escritura de este texto en el año 1865, poco después de terminar de escribir la novela *De la Tierra a la Luna* y el cuento «Los forzadores de bloqueos». Las numerosas correcciones apreciadas en el manuscrito hacen pensar que Verne tenía planeado presentar esta historia ante Hetzel sin muchas dilaciones. Resulta extraño, por tanto, que el texto no haya sido publicado hasta más de un siglo después. Al decir de los expertos en la obra verniana, esto pudiera explicarlo el hecho de que ya en ese propio año había aparecido en la revista *Musée des familles* la historia «Los forzadores de bloqueos» que también trataba el tema del contrabando. Aparentemente los editores de la revista no querían agobiar a sus lectores con la publicación de dos historias de similar corte en un mismo año.

Este texto permaneció, por tanto, inédito hasta el año 1991,

cuando fue publicado, junto a otros cinco textos inéditos, en el libro *San Carlos et autres récits inédits* publicado por *Le cherche midi éditeur* en París. Tal y como señala Christian Robin en su introducción al cuento, Verne procedió a hacer algunas modificaciones en la ortografía de ciertos toponímicos, lo que resulta algo poco común en sus escritos pues siempre respetaba fielmente todos los nombres y lugares geográficos. Ya fuese por la rapidez de la transcripción o quizás por la voluntad de desorientar al lector, Verne escribe Catarave en lugar de Catarrabes. Los lagos de Arastille en el relato parecen ser los lagos de Aratille, y el pico de Estour parece ser una alteración del pico de Estom.

Sin más preámbulos, disfruten, pues, de este texto donde Verne nos da a conocer las aventuras de un capitán español a través de una historia de contrabando.

Ariel Pérez Rodríguez

SAN CARLOS_[1]

Jules Verne



—¿legó Jacopo?

—No. Hace dos horas que salió camino a Cauterets. Debe haber dado grandes rodeos para explorar los alrededores.

—¿Alguien sabe si el bote del lago de Gaube lo conduce aún el viejo Cornedoux?

—Nadie, capitán. Hace tres meses que no hemos ido al valle de Broto[2] —dijo Fernando—. Estos infelices aduaneros conocen todas nuestras guaridas. Ha sido necesario abandonar los caminos habituales. Además, ¿qué gruta o cueva de los Pirineos[3] no conocen?

—Eso es cierto —respondió el capitán San Carlos—, pero aun cuando estas regiones me sean completamente desconocidas, me resultaría imposible permitirme cualquier vacilación. Del lado de los Pirineos orientales, fuimos perseguidos día y noche. Expuestos a innumerables peligros, y valiéndonos de artimañas de difícil realización, apenas reuníamos nuestro sustento para la jornada. Cuando uno se juega la vida, es necesario ganársela. Y allá estuvimos a punto de perderla. ¡Y este Jacopo que no llega! Eh, ustedes —dijo, dirigiéndose hacia un grupo compuesto por siete u ocho hombres recostados a un inmenso bloque de granito.

Los contrabandistas interpelados por su jefe se volvieron hacia él.

—¿Qué quiere usted, capitán? —dijo uno de ellos.

—¿Están ustedes al tanto de que estamos tratando de pasar de forma inadvertida diez mil paquetes de tabaco prensado? Es dinero contante. Y hallarán que esté bien que el fisco nos haga esta contribución.

—¡Bravo! —dijeron los contrabandistas.

—Abandonamos Jaca sin grandes complicaciones, y gracias a

que nos distanciamos del camino de Zaragoza que dejamos a la derecha, llegamos esta mañana a Sallent de Gállego [4]. Allí recogimos las mercancías repartidas en diferentes sacos. Llegamos al valle de Broto. Y aunque esos parajes estaban plagados de hombres vestidos de verde, logramos atravesar la frontera de Francia y ahora estamos aquí, a un día de Catarave, en donde entregaremos la mercancía y se nos retribuirá con unos buenos y sonoros escudos.

—En marcha entonces —dijeron los más dispuestos de la banda.

—Paciencia —dijo San Carlos—. Nos queda por hacer lo más difícil. Estamos acampados a dos leguas [5] de los lagos de Arastille [6] y de Gaube, la ruta a Cauterets queda a nuestra izquierda. Si llegamos a los lagos, despistaremos fácilmente a los aduaneros que nos persiguen. Conozco allí a un tal Cornedoux que conduce una embarcación que les jugará más de una mala pasada, y en algunas horas haremos que pierdan nuestras huellas en los bosques de Geret.

—Ah, entonces, capitán —dijo uno de los contrabandistas—, ¿tiene usted el mapa de la región?

—Sí, no temas, y déjame a mí el cuidado de manejar bien este peligroso asunto.

—¡A sus órdenes, capitán! ¿Qué ordena usted para el próximo cuarto de hora?

—Mantengan sus armas listas y pongan pólvora fresca en su recámara. Pronto será de noche y la humedad favorecerá a nuestros malditos perseguidores. Es una fatalidad que Jacopo aún no esté de vuelta. Recuerden que esos paquetes de tabaco, como nobles extranjeros, deben entrar a Francia sin pagar derechos. Pero tengan cuidado que su llegada no sea a golpe de tiros de carabina. Revisen pues el estado de sus fusiles y asegúrense de que estén preparados para responder a la menor pregunta. ¿Qué escucho a lo lejos?

San Carlos interrumpió su serie de recomendaciones y acercó la oreja al suelo.

—Es el paso de Jacopo —dijo, levantándose—. Lo reconozco. Pero tiene que subir por la otra ladera del pico. En una media hora estará aquí. Descansen mientras. ¡Tengan coraje y prudencia! Duerman, amigos, con los puños cerrados y el ojo abierto. A la hora conveniente, los despertaré. Buenas noches [7].

—¡Si Dios quiere[8]!

Los contrabandistas, dóciles como grandes niños, se cubrieron con sus mantas. Con la carabina en la mano y exhaustos debido al transporte de la mercancía durante muchas leguas, no tardaron en dormirse.

El capitán San Carlos permaneció pensativo cerca de una gran roca.

La noche caía sobre el valle de Broto, y el silencio acompañaba su tenebrosa llegada. La parte inferior de los glaciares se llenaba de una sombra húmeda, mientras que en el horizonte los picos nevados del Estour aparecían iluminados aún con los últimos destellos de la atmósfera. Eran las nueve de la noche. Todas las estrellas habían desaparecido del cielo, que ocultaba todas sus maravillas nocturnas detrás de la gruesa cortina de profundas tinieblas. El tiempo se recargaba con esa pesantez propia muchas veces de los últimos meses del otoño. Sin embargo, las largas nubes, que parecían detenidas por las altas elevaciones de los picos montañosos, no escondían ninguna tormenta en el seno de su negra inmovilidad. Ya la temperatura refrescaba con la cercanía del invierno, pero el suelo, aún caliente por los últimos rayos del sol de septiembre, compensaba generosamente las primeras frialdades que emitían las nieblas acumuladas. La atmósfera apenas respiraba y tomaba el ejemplo de estos contrabandistas silenciosamente dormidos, cuyos sueños no podían traicionarlos a tres pasos de distancia. Estos hombres, tranquilos como las masas gigantescas que pesaban sobre sus cabezas, parecían vivir esa vida estable y accidentada de las naturalezas montañosas. En algunas ocasiones, inamovibles, anclados al suelo y sin movimiento aparente, parecían petrificados como las inmóviles rocas sobre las que reposaban. En otras, hábiles, impetuosos y arrebatados, se les podía tomar por uno de esos torrentes brillantes y rápidos con los que el Gaube anima a veces las múltiples sinuosidades salvajes de su curso. En medio de su existencia, los contrabandistas, sosegada o activamente, en los encuentros con sus temidos enemigos y durante el descanso de las pocas horas que en ocasiones les conferían la ignorancia o la fatiga de sus perseguidores, se comportaban como los verdaderos nativos de esas montañas perdidas, una parte más de esa naturaleza

incomprensible de rocas, torrentes y nubes.

La tropa del capitán San Carlos estaba acampada en una especie de nido de águilas que formaba una gruta encajada entre oscuridades inaccesibles. Un camino que solo conocía el jefe y que serpenteaba a lo largo de la ladera meridional de la montaña, provocándoles todo tipo de vértigos. Un gigantesco pino, inclinado sobre este escondido retiro, hacía que su descubrimiento fuera casi imposible. Solo el azar, ese traidor de doble cara que se pasa eternamente de un campo enemigo a otro, conocía, al igual que el capitán, este oscuro camino lleno de piedras rodantes.

Al amanecer se podía ver, desde este retiro, cómo se dibujaba en el horizonte la gigantesca barrera que separa Francia de España, esa cadena de montañas que surca incesantemente el horizonte en una longitud de cuatrocientas ochenta leguas. Hacia el suroeste, la brecha de Roland, elevada a mil cuatrocientos sesenta metros en las nubes, al pie de la cual los contrabandistas habían pasado la noche, habría atraído las miradas por el impresionante precipicio de sus laderas y el ojo hubiera buscado vanamente la cima de Monte Perdido, el pico más elevado de los Pirineos, cuyas cimas vertiginosas se envuelven eternamente en su blanco manto de nieve.

Hacia el norte, las innumerables ramificaciones del Gaube, los seductores lagos de estos valles encantadores, los bosques felizmente agrupados en las laderas de las colinas ofrecían un contraste pintoresco con las rudas maravillas del sur. Es el regreso a una naturaleza más agradable y dulce. Solo había que descender para encontrar los campos civilizados y las mentes cultivadas, pero para llegar al área del capitán San Carlos, había que escalar enormes montañas. Jacopo no podía, pues, llegar tan rápido.

Mientras lo esperaba, San Carlos adoptó una postura pensativa. Era un hombre pequeño, flaco, nervioso y de rasgos poco distinguidos. Un original sin copia entre los tipos de contrabandistas de la Ópera Cómica. Astuto por naturaleza, inflexible de carácter, saqueador por necesidad, fecundo inventor de artimañas matemáticas, sus planes de campaña no eran más que difíciles teoremas que resolvía utilizando los principios de la geometría práctica. Estas complejidades de la profesión las presentaba de antemano a la inteligencia de sus compañeros. No dependía jamás de las circunstancias para hacer que brotara ese genio instintivo

que, en casos desesperados, le hacía pensar en las más maravillosas combinaciones. No había casos desesperados para el capitán San Carlos. Tenía previsto por adelantado cada situación difícil y tenía su solución lista, de manera que, ante los peligros inminentes, la astucia no le abandonaba.

Sus compañeros sabían bien quién era el hombre que los comandaba y tenían en él una fe católica. No era con la fuerza física como San Carlos dominaba su tropa de semibandidos, era más bien por la fuerza moral. Además, hábil en los ejercicios corporales, alerta como una gamuza, ágil como un sisardo, clarividente como un águila, manejaba con destreza su carabina de cañón largo, cuyo impacto sorprendía desagradablemente a los hombres vestidos de verde, que ante ella sufrían una dolorosa experiencia. Estaba vestido, como los otros, con chaqueta y pantalones de color y llevaba un cuchillo de caza cuidadosamente afilado enfundando en su cinto. Un gran sombrero se extendía sobre la mochila de seda coloreada que se balanceaba sobre su espalda. Un pañuelo anudado alrededor del cuello y unas ligeras sandalias en sus pies completaban su vestimenta. Su carabina descansaba cerca de él y su manta estaba descuidadamente tirada en el suelo, entre los sacos de pieles donde se ocultaban las mercancías prohibidas. Mientras sus compañeros dormían, él esperaba con paciencia.

Se oyó una especie de grito producido con el temblor de unos labios. San Carlos respondió y, pronto, Jacopo estuvo a su lado.

—¿Y bien?

—¡Malas noticias!

—Tanto mejor.

—¿Por qué?

—Porque las malas noticias me permiten actuar con certeza, las buenas serían engañosas y me dejarían turbado.

—Saben de nuestra expedición. Los aduaneros nos buscan.

—¡Los evitaremos!

—¡Dios lo quiera!

—¿Hasta dónde has ido?

—Hasta los lagos.

—¿Y el barquero?

—No pude verlo. Los hombres de verde estaban por allí.

—Atravesaremos la ruta de Cauterets y llegaremos más arriba al

lago de Gaube, para evitar todos los cursos de agua que atraviesan los bosques de Geret.

—¿Cómo atravesaremos el lago?

—No te preocupes por eso, Jacopo. Antes de llegar, tendremos un rencuentro con los aduaneros.

—Diablos —dijo Jacopo—, tanto peor.

—¿Por qué?

—Es que el sargento François Dubois, que nos ha venido persiguiendo desde Cerdaña[9], ha encontrado nuestra pista. Ha jurado a todos sus dioses capturarlo a usted muerto o vivo y encabeza el destacamento que está acampado en los lagos de Arastille.

—Tomaré mis medidas.

—¡Usted sabe, capitán, que le han puesto un precio a su cabeza! Su carabina habló un poco más alto de lo habitual en el último combate, tan alto que silenció a más de un perseguidor enemigo.

—No te preocupes por mí. Despierta a los otros y pongámonos en marcha.

—No he venido solo, capitán —dijo Jacopo, deteniendo a San Carlos—. Tengo un hombre que quisiera tratar con usted por uno o dos paquetes de cigarros.

—Bien. Dile que venga. Y que se prepare.

Jacopo se retiró. San Carlos se quedó solo reflexionando un instante y, frotándose las manos, dijo:

—Seremos dignos del honor que nos quiere hacer el señor François Dubois. No me desagradaría conocerlo.

Jacopo regresó, seguido de un campesino de las montañas, e inmediatamente fue a despertar a sus compañeros.

—¿Es usted el jefe? —preguntó el campesino.

—Después —dijo San Carlos.

—¿Existe alguna manera de tratar con usted?

—Después —respondió San Carlos—. ¿Qué quieres?

—Puesto que vende sus mercancías a los negociantes de las villas, bien pudiera hacerlo conmigo si le pago buen precio.

—Según. ¿Qué mercancías quieres?

—Lo que usted tiene.

—¿Qué?

—Los cigarros.

—¿Quién te lo dijo?

—Nadie. Un contrabandista siempre tiene cigarros.

—¿Cuántos necesitas?

—Mil.

—¿Dónde vas a venderlos?

—Por la parte de Tarbes. Allí obtengo la comisión que los negociantes de Catarave se llevan por revendernos las mercancías.

—Bien, podremos ponernos de acuerdo. Pero...

—¿Qué?

—¿Cómo harás para llegar a la ciudad más cercana?

—No será muy difícil.

—¿Y para escapar a los aduaneros?

—¡Diablos! ¡Le seguiré!

—¡Ah!

—He venido antes para asegurarme de su promesa.

—Pero ¿sabes quién soy?

—¡Qué pregunta! Usted es San Carlos.

—San Carlos. ¿Quién te lo ha dicho?

—¡Diablos, los aduaneros!

—¡Los aduaneros! ¿Dónde están?

—Cerca de los lagos de Arastille.

—¿Les has visto?

—Como lo veo a usted, capitán San Carlos.

—Está bien. Espera aquí.

—¡Jacopo! —gritó en voz alta San Carlos.

Jacopo caminó hacia donde se encontraba el capitán, que se lo llevó a algunos pasos del campesino y le dijo en voz baja:

—¿Dónde están los aduaneros?

—En los lagos de Arastille.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro.

—¿Se lo dijiste a ese hombre?

—No. No he hablado con él.

—¿Te ha parecido que estaba ansioso por hablar contigo?

—No ha abierto la boca en todo el camino.

—¿Dónde lo encontraste?

—En el camino a Cauterets.

—¿Y qué te dijo?

—Me dijo que necesitaba cigarros y le respondí que viniera conmigo.

—Partamos.

San Carlos se dirigió al campesino.

—Vendrás con nosotros —dijo—, ya nos pondremos de acuerdo por el camino.

—A sus órdenes.

El capitán se dirigió hacia su tropa. Los contrabandistas ya estaban en pie. Se habían echado sus mantas sobre los hombros y llevaban sus carabinas en cabestrillo. Usando cuerdas artísticamente hechas, sujetaron sobre sus espaldas los sacos de mercancías.

La oscuridad era completa, el camino estrecho y rocoso. Este camino parecía colgado por casualidad entre las laderas de la montaña, y en ocasiones proyectaba precipicios impenetrables. El pie vacilaba sobre estas piedras rodantes que centelleaban al chocar. Solo una persona podía pasar al mismo tiempo por este camino inseguro. San Carlos se encontraba a la cabeza de la tropa, y el campesino iba detrás de él, seguido de los otros contrabandistas. Era necesario estar habituado a estas sinuosidades aéreas para no precipitarse desde las mortales alturas.

El capitán marchaba sin vacilar entre estos salientes gigantescos y desandaba instantáneamente el misterio de esos senderos. Después de un cuarto de hora de marcha, giró hacia la izquierda y se encontró al pie de una elevación por la cual debía subir.

Los contrabandistas engancharon a sus pies unos crampones y comenzaron la ascensión. Con la ayuda de ese punto de apoyo, llegaron sin muchos problemas a la cima de la elevación. El campesino los imitó sirviéndose de los mismos instrumentos.

—¿Estás habituado a esta clase de viajes? —le dijo San Carlos.

—Sí. No es la primera vez que veo estas tierras.

—¿Es cierto eso? —dijo el capitán.

—¡Es cierto! Antes de que los aduaneros franceses detuvieran al capitán Urbano, hacía negocios con él. Me vendía sus cigarros por una buena suma, y yo le pagaba bien. ¿Conocía a Urbano?

—Sí. Era un hombre bravo y, si la traición no lo hubiera detenido, aún estaría defendiéndose con su fusil de esos aduaneros

del diablo.

—Pero se encontró con un duro sargento.

—¿Quién?

—François Dubois. Es alguien con mucha reputación. En estos momentos comanda un destacamento en los puertos de Cerdaña.

—Al contrario. Está en los alrededores de los lagos de Arastille.

—No es posible —dijo el campesino sorprendido.

—Y ha jurado que, vivo o muerto, capturará al capitán San Carlos.

—¡Ah, capitán! Tenga usted cuidado. Aun con el respeto que le debo, no pagaré mucho por su mercancía.

—¿Y por qué?

—Porque corre el gran riesgo, tanto como usted, de no llegar a Catarave.

—¿Crees eso?

—Ya lo creo. Digamos que no ha ocurrido nada, que no le he pedido nada. Me iré sin sus cigarros y usted seguirá adelante sin mi compañía.

—¡Cobarde! ¡Entonces, ese Dubois es terrible!

—Ah, ya lo creo... ¡No lo conoce usted bien!

—No. Sabe que los aduaneros no pueden ir tras mi tropa y me ha perseguido desde Cerdaña sin poder alcanzarme. Por otra parte, parece que es un hombre bravo, así que le aprecio, y estoy encantado de enfrentarme a él. ¡Astucia contra astucia! ¡Habilidad contra habilidad! Tenemos una ventaja: es más fácil preparar emboscadas que descubrirlas. ¡El sargento Dubois no capturará jamás al capitán San Carlos!

—¿Por qué?

—Porque se vanagloria demasiado de poder prenderlo.

La tropa se había aproximado, por la izquierda, al camino de Cauterets. Los contrabandistas se detuvieron y San Carlos salió a explorar los alrededores. El campesino quiso acompañarlo.

—Espera aquí —dijo el capitán.

—Pero, por favor, déjeme ir.

—No.

—¿Por qué se niega, capitán?

—Porque eres un poco más cobarde de lo normal.

El campesino se calló y se quedó con el resto de la tropa. San

Carlos avanzó por el camino. Todo parecía tranquilo. A cada lado había grandes masas de rocas difíciles de atravesar. A cualquier otro le hubiese parecido sencillo seguir el camino trazado, debido a que los aduaneros buscaban y caminaban por los senderos impracticables. Pero San Carlos tenía su plan, y le hizo una señal a sus compañeros para que lo siguieran.

—¿Qué camino es este? —le preguntó al campesino.

—El camino de Cauterets.

—Bien —dijo San Carlos.

Lo atravesaron y se abrieron paso a través de las piedras y las rocas. Estas aglomeraciones titánicas parecían sobrenaturales. El campo de batalla donde Júpiter derrotó a los gigantes aliados debía estar también sembrado de proyectiles que se dirigían contra ellos. Cerca de bloques inmensos, que solo la mano de Encelado[10] habría podido mantener en pie, inmóviles cascadas de piedras aparecían en las laderas del camino. Estos redondeados guijarros debían librar ensordecedores combates en las tormentas pirineas. El silencio que pesaba sobre tantas rocas en equilibrio contrastaba con estas meticulosas aglomeraciones en las que cada grieta encerraba un eco que estallaba como un trueno. Al cabo de una media hora de marcha, los hombres de San Carlos se detuvieron. Habían llegado a uno de esos lugares secretos donde los contrabandistas perseguidos y acosados esconden con presteza sus mercancías prohibidas. San Carlos hizo retroceder al campesino algunos pasos y se aseguró que la gruta estuviese vacía. Se dirigió a sus compañeros y les ordenó reunir los sacos que habían cargado.

—¿Cuántos cigarros quieres? —le preguntó al campesino.

—Un millar, si es posible.

—¿Cuánto pagarás?

—Capitán, sus negociantes los venden a cuatro soles en Francia, y luego el gobierno los vende a cinco[11]. Quiero ganar tanto como haya pagado.

—Serán treinta escudos —dijo San Carlos.

—Veinticinco escudos[12]. No rebajaré más.

—Treinta escudos[13], mi bravo. Es lo menos que se puede pagar por el tabaco por el que hemos tenido que enfrentarnos al sargento François Dubois.

—Y que Dios me salve —dijo el campesino—, pues aún no han llegado a su destino. Veinticinco escudos contantes y sonantes. Los venderé a cincuenta[14] y me ganaré setenta y cinco francos.

—¡Sea! Toma uno de esos sacos. En él hay mil.

El campesino se dispuso a abrir el saco.

—¿Dudas de nosotros? —dijo el capitán.

—No, pero me gusta hacer los negocios limpiamente.

—Como desees. ¿Y el dinero?

—Aquí tiene quince bellas piezas de Francia.

—¿No tienes monedas españolas?

—Por el momento no, capitán.

—Bien. Apresúrate. Partiremos enseguida.

El campesino abrió el saco, examinó el contenido y lo cerró hábilmente sin que se viese que dejaba caer nuevos cigarros entre los otros. Una vez hecho, se echó su fardo al hombro y la tropa, a una orden de San Carlos, lo siguió a través de las sinuosidades laberínticas. El capitán retomó la conversación con el campesino.

—¿Se dirige usted hacia los lagos? —dijo este último.

—No —respondió San Carlos—, voy a hacerle una jugarreta a Dubois. Voy a ir simplemente hacia el valle de Argelès dando un rodeo y, de allí, me iré a Catarave.

—¿Y la posta de Fourmont?

—Es sorda y ciega.

—Me gustaría más ir por los lagos, los aduaneros no tienen embarcaciones. Así podré llegar a la costa mucho antes de que ellos y entonces las mercancías estarán seguras en los bosques de Geret.

—Diablos, mi bravo —dijo San Carlos—, conoces la región. Pero, entonces, ¿a qué vienen tantas precauciones? Tengo, entre los aduaneros, gente de la que puedo fiarme y que no permitirán que me bloqueen el paso.

—Vayamos entonces —dijo el campesino, encogiéndose de hombros.

—Bien —dijo severamente San Carlos— dices que...

—¡Digo que es imposible!

—¡Pero deberías saberlo, tú que lo sabes todo! Y a propósito, ¿por qué no te haces contrabandista?

—No me gustan los tiros.

—¿Y si tenemos un encuentro?

—Me lanzaré a tierra.

—¡Vamos, eres más cobarde de lo normal! Ya te lo había dicho.

La banda había llegado a un gran camino menos rocoso que los senderos impracticables que hasta entonces habían recorrido. Algunas plantas mostraban sus tiernas cabezas entre las piedras más espaciadas y tenían sus bellos ojos cerrados hasta el naciente amanecer. Los flotantes penachos de saxífraga[15] de larga hoja colgaban con melancolía y, en su sueño, olvidaban la rival proximidad del cardo carmesí y de la carlina[16] de hojas de acanto. Varios matorrales de diferentes especies confundían aquí y allá sus silenciosos tallos. Los rododendros[17] habían apagado los innumerables rayos que, en los bellos días de sol, van dibujando en la fecunda corola sus colores más vívidos. Los lirios blancos, habiendo misteriosamente cerrado los lóbulos de su cáliz de satén, esperaban en silencio el comienzo de la próxima aurora, para dirigir al cielo, con el canto de los pájaros y las acciones de gracias del hombre, sus brillantes plegarias e himnos de fragancia.

Pero sobre toda esta poesía circundante se extendía una noche pesada y negra, burguesamente inconsciente de las bellezas que tocaba y de los rayos que desvanecían su oscuridad. No se enrojecía por los tintes hotentotes y los colores abisinios con los cuales se enmascararan las más frescas creaciones. Pero de todo esto los hombres del capitán San Carlos no se preocupaban demasiado y, habiendo llegado al camino, no se percataron del cambio de vegetación. Ignoraban dónde los llevaba su jefe y ninguno de ellos le había dado a estas tierras desconocidas su verdadera latitud.

San Carlos seguía su plan. Había multiplicado, a propósito, los rodeos del viaje a fin de no despertar sospechas. Y era el camino de Cauterets, ya atravesado, el que ahora recorría para llegar al lago de Gaube.

—Eh, amigo —dijo, dirigiéndose al campesino.

—¿Capitán?

—¿Dónde estamos?

—¿Pregunta que dónde estamos? —dijo, sorprendido, el campesino.

—Sí. ¿Cuál es este camino?

—El gran camino de Argelès.

—¡Muy bien! Eres bueno en geografía. Mi buena estrella me ha

hecho encontrarte, porque sin ti me hubiese perdido en estos confusos laberintos. Gracias.

—Entonces, capitán, ya que se acerca a su destino, lo abandono.

—Aún no.

—¿Por qué no?

—He aquí el porqué, amigo. Dos de mis hombres te van a vigilar.

—¿A mí? —dijo, completamente sorprendido, el campesino.

—A ti. ¡Porque este camino no es el de Argelès, es el de Cauterets por donde ya hemos pasado hace una hora! Así que puede que seas o no de la región. Si lo eres, me estás engañado con conocimiento de causa y quieres que me pierda. Si no lo eres, me has engañado diciéndome que eras nativo de la región y aliado del capitán Urbano. En los dos casos, eres un mentiroso y, en estos caminos, un mentiroso es un espía. Podría romperte la cabeza, pero no lo haré.

El campesino no respondió. Fue a ocupar su puesto al final de la tropa, entre dos contrabandistas que escrupulosamente le servían de escolta. San Carlos no se ocupó más de este asunto. Hizo que sus compañeros apurasen el paso y, dejando a su derecha, en el horizonte, los lagos de Arastille, se dirigió al lago de Gaube.

Ya podía verse el monte Viñamala bañándose en sus límpidas aguas. Quedaba una media hora de marcha. El capitán retomó el camino a través de tierras que rara vez el pie del hombre había pisado. Su fatigante marcha se vio de pronto interrumpida por unos muros de granito que era necesario franquear desgarrándose las manos y las rodillas. Atravesaron fácilmente algunos cursos de agua sin profundidad. Los contrabandistas no emitieron queja alguna sobre la duración del viaje y la aspereza del camino.

El capitán San Carlos quería poner entre sus perseguidores y él aquella extensión de agua difícilmente abordable. Esperaba encontrar esa embarcación que solamente él conocía y que el viejo Cornedoux antaño reservaba para sus expediciones más aventureras. Los aduaneros difícilmente podrían perseguirlo y en poco tiempo llegaría a los bosques sombríos y espesos donde sus huellas se perderían fácilmente. Pero, para ello necesitaba prever todo: que Cornedoux no estuviera y que la embarcación hubiese sido destruida; y así fue. San Carlos se dirigía hacia el pico del

Estour donde, en ocultos lugares marcados con anterioridad, depositaría a buen recaudo sus mercancías de contrabando. La vaguedad de las noticias de Jacopo lo sumía en la disyuntiva de si ir por la derecha o por la izquierda del lago. En cuanto a los espías entre los aduaneros, no tenía ninguno. Esto solo lo había dicho para asustar al traidor que se había introducido en su tropa y que se había jactado de esas ayudas foráneas.

Hacía algún tiempo que los contrabandistas avanzaban hacia el noroeste, más silenciosos que los fantasmas de las leyendas. El peligro se acercaba a medida que se aproximaban al lago. Balas mortales podían salir de cada recodo del camino para atacar a la pequeña tropa. Detrás de cada roca podía centellar alguna luz y salir una lluvia homicida. Los ojos atentos, las orejas aguzadas, las manos cerca de la carabina y el corazón eran su fortaleza. Ni un latido más rápido traicionaba una emoción imposible y un terror desconocido. Por estos senderos estrechos, los contrabandistas marchaban en fila. San Carlos a la cabeza. El campesino se hallaba detrás, entre los dos hombres que lo vigilaban activamente. Al menos, no parecía preocupado y fumaba despreocupadamente un excelente *tercena*[18] que había sacado de su bolsillo.

—¿Desean uno? —dijo a sus guardianes.

No hubo rechazo.

El campesino les había dado a escoger algunos del saco recién comprado, y los contrabandistas mascaron entre sus dientes dos excelentes tabacos. Pero, al cabo de algunos instantes sus cabezas les pesaban, sus piernas se doblaban, sus ojos se cerraban obstinadamente y pidiendo ayuda llamaron a sus camaradas que estaban tan ocupados que no se habían dado cuenta de nada. A sus gritos, estos se volvieron y, al cabo de un momento, San Carlos se acercó a ellos.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienen?

Grandes bostezos le respondieron y los dos hombres cayeron a tierra en un estado de total somnolencia.

—¿Dónde está ese campesino? —preguntó San Carlos.

Se miró por los alrededores. Nadie. Había huido tras adormecer por medio de cigarros cargados de opio a los guardias destinados a su custodia.

—¡En marcha! —gritó San Carlos—. Se despertarán mañana. No tenemos un minuto que perder, camaradas. El enemigo está ya sobre nuestros pasos. Sus vidas dependen de su rapidez. En un cuarto de hora estaremos en el lago. Los aduaneros no tienen embarcaciones para seguirnos. En marcha, y pobre de los rezagados.

El capitán recogió los sacos abandonados por los dos adormecidos guardias y se dirigió con sus ocho hombres hacia el camino. La noche redobló su oscuridad. El monte Viñamala se dibujaba entonces con sus pendientes imposibles. San Carlos conocía una grieta estrecha hundida entre dos conos trazados perpendicularmente, y hacia ella se dirigió, aun cuando del otro lado del lago un solo hombre hubiese podido ametrallar la banda a su gusto. Los contrabandistas serpenteaban en medio de las profundas tinieblas, extendían sus manos para no herirse con los agudos salientes y gateaban en algunas ocasiones para franquear una depresión de la roca. ¡Se diría que eran como una larga culebra que se arrastraba sin ruido a través de las grietas de un muro en ruinas!

En el extremo de esta zanja aplastante dormía el lago de Gaube. Allí, los aduaneros esperaban sin duda una presa inevitable. San Carlos contaba sin embargo con su ignorancia, en general, de esos lugares y de esta roca en particular. Una vez en la ribera, estaba a cien pasos de la cabaña del viejo barquero y su embarcación lo pondría a salvo.

Pero ¿existía la embarcación? ¿Estaría el barquero en su casa? ¿No diezmarían los aduaneros la tropa?

San Carlos se acercó al extremo opuesto. Avanzó solo, gateando y con una habilidad tal que su marcha no lo hubiera notado ni el oído más atento. Salió de la brecha, asomó la cabeza y no vio nada. Se deslizó hacia la orilla... Nada. Ya se dirigía hacia la cabaña cuando vio a un hombre inmóvil al borde del lago. Llegó hasta él, sin llamar su atención, lo agarró por el cuerpo y le puso la mano en la boca.

—¡Oh, Dios! —dijo este.

—¡Cornedoux! —dijo San Carlos.

—San Carlos —dijo Cornedoux.

—¡Calla! Estamos rodeados.

—Sí. Los aduaneros andan por todas partes.

—Y la embarcación, ¿está en buen estado?

—Está lista.

—Desamárrala y dirígete a la orilla del lado de la brecha.

—De acuerdo, capitán.

San Carlos regresó con su tropa, hizo una señal para avanzar y se reunió con ella en el momento en que la embarcación llegaba a la ribera. San Carlos embarcó con sus ocho hombres. El barquero permaneció en tierra y los contrabandistas zarparon.

—¡Estamos salvados! —dijo San Carlos—. Remen fuerte.

El lago de Gaube no tenía más que una legua y media de ancho[19]. En algunos lugares tenía de veinte a veinticinco toesas[20] de profundidad. Allí desembocan muchos arroyos que constituyen pequeños afluentes del lago. Está situado a una legua del Puente de España que se encuentra sobre uno de sus afluentes y a dos leguas[21] aproximadamente de Cauterets y Catarave.

La embarcación que utilizaban los contrabandistas era de una rara construcción, con grandes protuberancias por delante y por detrás y su velocidad era mediocre. Los sacos de tabaco, los fusiles y la pólvora fueron depositados en grandes cofres de madera hechos de roble, revestidos de cobre en su interior y, de hecho, impermeables. Si la barca se hubiese sumergido, las mercancías hubiesen quedado intactas. Estos cofres, también muy particulares, eran lo suficientemente espaciosos para contener los objetos sujetos a impuestos que los hábiles contrabandistas pasaban de forma ilegal: lanas, cueros, pieles, pañuelos, jamón, manteca, vinos finos, telas, aceite, tabaco, tintes, jabón y metales. Todos podrían permanecer allí encerrados durante días y luego ser vendidos en los lugares secretamente establecidos en las ciudades fronterizas.

Los ocho hombres remaban en silencio. San Carlos dirigía la embarcación. Avanzaban lentamente sobre esta onda inmóvil que no ofrecía resistencia alguna a los esfuerzos de los remeros. Pero San Carlos sabía que uno de los afluentes del Gaube se alimentaba del propio lago y formaba, antes de salir de él, una especie de corriente subterránea de la que pensaba aprovecharse.

De pronto, se escuchó un ruido desacostumbrado. Eran ruidos de remos batiendo irregularmente el agua.

—¿Qué es eso? —dijeron los contrabandistas a baja voz.

—Callen —dijo San Carlos.

No se veía nada a cinco pasos por delante de ellos.

—¡Hola a los del barco! —dijo una voz con acento francés.

—Estamos atrapados —dijo San Carlos, pero confiándose a sus recuerdos dirigió más enérgicamente la embarcación hacia la corriente que sospechaba.

—¡Hola! —dijo alguien—. Respondan o abriremos fuego.

—Que cada uno de ustedes —dijo San Carlos a sus hombres— se ate una cuerda alrededor de su pecho.

Eran estas unas largas cuerdas, de aproximadamente diez toesas[22], que colgaban de los bordes de la embarcación.

—¡Hola! ¡Fuego!

El lago se iluminó de repente con un rápido destello. San Carlos vio cuatro canoas cargadas de aduaneros que lo rodeaban. En medio de ellos, el campesino que había escapado daba las órdenes. Era François Dubois. San Carlos lo reconoció.

—¡Ya te tengo, San Carlos! —gritó el sargento.

—Aún no, amigo mío —respondió el capitán.

—¡Hacia adelante! —gritó el sargento.

—¡Hacia abajo! —gritó el capitán.

Solo algunos pies separaban las canoas de la embarcación del capitán. Los perseguidores se precipitaron sobre él. El choque debía haber hecho pedazos la embarcación, pero grande fue la estupefacción de los aduaneros cuando sus propias embarcaciones chocaron unas con otras. ¡San Carlos, su tropa y su embarcación, todos habían desaparecido!

—Desaparecidos —dijeron los aduaneros.

—Esto es extraño —dijo François Dubois.

No había ni cuerpos ni mercancías. Las canoas se dispersaron en todas direcciones alrededor del lugar del desastre.

—¡Nada! ¡Ningún resto! ¡Ni un cadáver! —dijo el sargento.

Durante un cuarto de hora su búsqueda fue infructuosa. No vio nada. No encontró nada. Encendieron una antorcha y al mismo instante los aduaneros vieron a los contrabandistas subiendo cargados con sus fardos por la colina opuesta del lago. ¡Era increíble, para morir de la rabia!

El sargento no conocía estas misteriosas embarcaciones, en las que la proa y la popa, llenas de aire, se sostienen a una altura

constante cuando se sumergen. Por tanto, San Carlos, en el momento en que iba a estallar en mil pedazos, abrió la válvula situada en el fondo de la embarcación, la sumergió aproximadamente a diez toesas, y los hombres atados a sus bordes fueron remolcados por ella. Luego, entró en la corriente subterránea y no tardó en llegar a la orilla vecina. Una vez allí, había tirado a tierra las mercancías, los fusiles y la pólvora guardadas en los cofres, y los contrabandistas, a pasos rápidos, franquearon la distancia que los separaba del bosque de Geret, para distanciarse y provocar la sorpresa de los atónitos aduaneros.

—¡Fuego! —gritó el sargento.

Pero las balas se perdieron en el espacio.

—¡Adelante! —gritó Dubois fuera de sí.

Las canoas volaron sobre las aguas del lago y ganaron la ensenada donde acababa de desembarcar el capitán San Carlos. Pero la misteriosa embarcación había sido reenviada a su elemento acuático, donde el viejo barquero la recogería más tarde y la ocultaría, sin muchos contratiempos, de las miradas indiscretas y salariales de los empleados del fisco.

Los aduaneros desembarcaron y, con sus fusiles cargados, se lanzaron sobre las huellas de sus enemigos. Pero estos les llevaban ventaja y, aunque transportaban una pesada carga, caminaban a paso ligero. Sin embargo, cada vez que San Carlos llegaba a una pequeña eminencia, miraba hacia atrás y veía que los aduaneros acortaban la distancia. Los aduaneros descargaron, en algunas ocasiones, sus fusiles y las balas rodaban hasta los pies de los fatigados contrabandistas.

Llegaron así al puente de España, formado por abetos de veinticinco a treinta pies[23] de longitud que atravesaban el Gaube apoyándose sobre enormes masas de granito de cuarenta pies de altura[24]. San Carlos vio a sus compañeros exhaustos y a los aduaneros a punto de alcanzarlos. De modo que, después de pasar por el puente, se escondió detrás de una de las rocas por las que corría la magnífica cascada del Gaube y descendió con una habilidad asombrosa por sus flancos perpendiculares. Los contrabandistas le siguieron, se aventuraron a través de un camino, o más bien, de un reborde de piedras de un pie de largo, hasta quedar ocultos por el propio salto de agua. Una gruta se ofrecía a

sus ojos. Allí dejaron las mercancías con presteza y la tropa del capitán San Carlos se dispersó en diversas direcciones.

Cuando los aduaneros llegaron al puente, lo atravesaron rápidamente, pero no vieron ni oyeron nada. Entonces, regresaron sobre sus pasos, husmeando durante horas por los alrededores y solo consolándose con enviarse mutuamente a todos los diablos, que tanto detestaban este tipo de gentes.

A la mañana siguiente, los sacos de tabaco llegaron a Catarave sobre las espaldas de hombres especialmente enviados a la gruta del puente de España por los negociantes de la villa. Luego, San Carlos y sus hombres, que recibieron el pago del precio convenido, retomaron el camino de las montañas cantando sus coros más alegres y jurando por todos los sonoros santos de su calendario que los contrabandistas eran y serían siempre las gentes más felices del mundo mientras hubiera cigarros en España y hombres de verde para impedirles su entrada en Francia.

Colección de Cuentos vernianos

La obra cuentística de Jules Verne
(1828-1905)

suele ser pasada por alto con frecuencia, pensándose en textos triviales y carentes de interés. Nada más lejos de la realidad. Muchas de estas historias resultan sumamente atractivas por la variedad de temas y situaciones descritas. En ellas se asiste a la visión de un Verne más libre y abierto para hablar del mundo que lo rodea y más dispuesto a tocar temas inusuales en su obra, que rozan, en algunos casos, con lo fantástico y lo sobrenatural. El conjunto de cuentos escritos por Verne puede dividirse en dos etapas bien diferenciadas. La primera transcurre entre 1850 y 1865, período en el que abunda la diversidad temática en un joven Verne que vive en París y que busca convertirse en escritor, donde abundan los relatos de viaje, divulgación y exploración científica, pasando por algunos textos de corte histórico que muestran una afinidad evidente con los futuros Viajes Extraordinarios. Luego, una segunda etapa con textos redactados entre 1867 y 1892 donde aflora un Verne diferente, más satírico, burlesco, oscuro y filosófico.

Títulos que forman la colección:

1. *Un drama en México (Un drame au Mexique)*. Julio de 1851
2. *Un drama en los aires (Un drame dans les airs)*. Agosto de 1851
3. *Martín Paz (Martin Paz)*. Julio de 1852.
4. *Maese Zacarías (Maître Zacharius)*. Mayo de 1854
5. *Una internada entre los hielos (Un hivernage dans les glaces)*. Mayo de 1855.

6. *El conde de Chantelaine (Le Comte de Chanteleine)*.
Noviembre de 1864.
7. *Los forzadores del bloqueo (Les forceurs de blocus)*. Octubre
de 1865
8. *Una fantasía del Doctor Ox (Une fantaisie du docteur Ox)*.
Marzo de 1872
9. *Una ciudad ideal (Une ville idéale)*. Diciembre 1875.
10. *Los amotinados del Bounty (Les Révoltés de la Bounty)*.
1879
11. *Diez horas de caza (Dix heures en chasse)*. Diciembre 1881
12. *Frritt-Flacc (Frritt-Flacc)*. 1884
13. *Gil Braltar (Gil Braltar)*. 1887
14. *La jornada de un periodista americano en el 2890 (La
journée journaliste américain en 2890)*
d'un
. Enero 1891
15. *La familia Ratón (La famille Raton)*. 1891
16. *El señor Re-sostenido y la señorita Mi-bemol (M. Ré-dièze et
Mlle Mi-bémol)*. 1893
17. *El humbug (Le Humbug)*. 1910
18. *Pierre-Jean (Pierre-Jean)*. 1988
19. *El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos (Le mariage de
M. Anselme des Tilleuls)*. 1991.
20. *El sitio de Roma (La siège de Rome)* 1991.
21. **San Carlos** (*San Carlos*). 1991



JULES VERNE. (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras y ficción científica, llegando a ser uno de los grandes autores escritores del siglo XIX.

Según datos de la UNESCO es el segundo autor más traducido del mundo después de Agatha Christie.

Licenciado en Derecho y establecido en París en su juventud, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó gravemente su salud. Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. En su juventud escribió sobre todo poesía, teatro y cuentos.

En 1863, se erige en el creador de la novela científica al comenzar su ciclo de los *Viajes extraordinarios*, ciclo de novelas a través de las que describe el universo acercando a sus lectores a la ciencia y el conocimiento. Unido al apoyo de su editor Jules Hetzel, quien hizo que el éxito y las ventas de sus historias fueran en continuo aumento, publicó más de sesenta novelas entre las que destacan *Cinco semanas en globo* (1863), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *De la tierra a la Luna* (1865), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870), *La vuelta al mundo en 80 días* (1872) y *La isla misteriosa* (1874).

Para documentarse pasaba días enteros en las bibliotecas estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos que luego vertía en sus fantásticas aventuras y se adelanto con asombrosa exactitud a muchos de los logros científicos del siglo xx. Habló de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, misiles dirigidos e imágenes en movimiento. Esa capacidad de anticipación tecnológica y social le ha llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia ficción, aunque los expertos en Verne afirman que más bien escribía ficción científica.

Notas

[1] Publicado en *Manuscrits nantais*, volumen 3, 1991, pp. 1557-1576. < <

[2] En España, villa pirinea que se encuentra al sur del pico de Viñamala. (Todas las notas que aparecen en este cuento, salvo indicación de lo contrario, son tomadas de la edición de base). < <

[3] Los lugares geográficos franceses mencionados en el texto tales como el Gaube, Cauterets, Catarave, Arastille, Geret, Estour están situados en la zona de los Pirineos franceses en la frontera occidental con España. (*N. del T.*). < <

[4] Municipio español ubicado al norte de Huesca, en la provincia de Aragón, muy cerca de la frontera con Francia y forma parte de los Pirineos aragoneses. (*N. del T.*). < <

[5] Ocho kilómetros. < <

[6] Es probable que Verne se refiera al lago de Arratille, a unos pocos kilómetros al suroeste del lago Gaube. < <

[7] En español, en el original. (*N. del T.*). < <

[8] En español, en el original. (*N. del T.*). < <

[9] No confundir con Cerdeña. Cerdaña (en catalán *La Cerdanya* y en francés *Cerdagne*) es un territorio de la Cataluña histórica, que como consecuencia del Tratado de los Pirineos de 1659, entre España y Francia, por el cual España cedió a Francia treinta y tres pueblos de la parte norte ceretana, quedó dividido en dos: la Alta Cerdaña, que forma parte de los Pirineos Orientales (administrados por Francia) y la Baja Cerdaña dentro de la comunidad autónoma de Cataluña. (N. del T.) < <

[10] Uno de los gigantes que Gea creó para vengarse de los Titanes. Vencido por Zeus fue enterrado debajo del Etna, cuyo volcán representa el aliento del gigante. < <

[11] Cuatro soles equivalen a veinte centavos. Cinco son veinticinco.

< <

[12] Setenta y cinco francos. < <

[13] Noventa francos. < <

[14] Ciento cincuenta francos. < <

[15] Planta que crece en las fisuras de las rocas. < <

[16] Planta de hojas espinosas, que se parece mucho al cardo. < <

[17] Arbolillo de la familia de las ericáceas, de dos a cinco metros de altura, con hojas persistentes, coriáceas, oblongas, agudas, verdes y lustrosas por el haz y pálidas por el envés. Se cultivan como plantas de adorno. (*N. del T.*). < <

[18] Almacén del Estado para vender tabaco al por mayor y otros efectos estancados. (*N. del T.*). < <

[19] Seis kilómetros. < <

[20] De cuarenta a cincuenta metros. < <

[21] Ocho kilómetros. < <

[22] Aproximadamente veinte metros. < <

[23] Aproximadamente de ocho a diez metros. < <

[24] Aproximadamente trece metros. < <